

# ESPAÑA (ORACIÓN)

León Felipe\*

## Prólogo y justificación

La conferencia que el señor Embajador de España, don Julio Álvarez del Vayo, pronunció el día 13 del mes de julio en la Escuela Nacional Preparatoria, abrió una tarea espiritual entre los españoles de México, que era necesario continuar.

Nos obligó, de una manera irrecusable a todos aquellos de entre nosotros que disponemos de un poco más de ocio para la meditación y las labores del espíritu. Fue aquello una invitación que después nos ha reiterado a los que queremos ayudarle; un deseo que rompió las últimas resistencias que el tono menor de mi voz, lírico y recatado, había levantado siempre contra las exigencias ordinarias de la tribuna.

Y, libre ya de fantasmas y de prejuicios estéticos, vengo hoy con lo mío a los campos, en siembra, de la vida contemporánea española. Lo cual no quiere decir: "también yo soy orador". No. Lo mío no es la oratoria. Es un gesto más impopular. Un gesto casi desprestigiado por las antiguas actitudes políticas. La palabra "lírico", aun en América, tiene ya una connotación abiertamente peyorativa entre los hombres de acción.

Sin embargo, el momento actual del mundo requiere a los poetas también. Yo he oído el clarín agudo de su llamada angustiosa. Lo han oído ya muchos. Un grupo de poetas de la vanguardia más disciplinada de Europa, para acabar por ahora con el bizantinismo y con la lírica de la hoz y del martillo, ha vuelto a dar a la poesía su prístina y primordial prerrogativa de propaganda. La poesía es propaganda. Propaganda religiosa, para evitar derivaciones mezquinas y quitándole a la palabra toda implicación dogmática y clerical. Propaganda fue la primitiva poesía épica, desde Homero hasta nuestro Mío

\*Por gestiones de Alfonso Reyes, vino a México por primera vez en 1923. Durante la Guerra Civil española participó en actividades culturales. Al triunfo de los fascistas retornó a México, donde se exilió definitivamente.

Entre sus obras destacan *El payaso de las bofetadas* (1938), *El hacha* (1939), *Llamádme republicano* (1950) y *Oh, este viejo y roto violín* (1968). "España (oración)" se publicó en *Universidad de México*, noviembre de 1931, tomo III, núm. 13.

Cid; propaganda fue la poesía de Lucrecio y de Virgilio; propaganda fue la poesía de Dante, y propaganda y hasta poesía de circunstancias, la poesía de Goethe. Al final aclararé más esta afirmación.

Los hallazgos felices de un arte de laboratorio pueden ser elementos aprovechables para el poeta, pero, ellos de por sí, no son la poesía, y un movimiento político actual puede quedar circunscrito dentro del foco enorme proyectado sobre la tierra desde una estrella, pero en ese movimiento circunstancial aislado no está la poesía tampoco. Si está ahí, es porque está en muchos otros sitios también. Es porque está en todo el universo.

Ni la poesía es propaganda tan sólo. Es eso y mucho más también. Pero conviene hoy insistir sobre la simpatía y la magia que tiene un verso limpio para abrir todas las puertas. Y los poetas de empinadas aristocracias, que no quieren romper los escrúpulos que les aíslan y les emparedan en la atmósfera mortal e inhumana del Castillo de Axel, debían de recordar que el verso más puro puede cabalgar muy bien, acurrucado como Pulgarcito, en los alados calcañares de Mercurio. Entre gritos de Güelfo y pregones escolásticos florecieron los tercetos inviolables de *La Divina Comedia*. No hay poesía aristocrática ni poesía socialista. En la poesía va ya implícita la más alta jerarquía humana. Y en su reino amplísimo, que abarca desde la piedra más humilde hasta la estrella más remota, los intereses políticos de partido se pierden en los anhelos eternos y universales del corazón humano.

Entramos en un momento de firmes y amplias colaboraciones. ¡Que haga cada uno lo suyo! Pero disparando hacia el mismo blanco convergente. ¡Que haga cada uno lo suyo! Pero que todos dirijan su

esfuerzo hacia el corazón mismo del sol. ¡Que haga cada uno lo suyo! Lo mío, hoy, es abandonar y demoler la vieja torre del solitario y descender al valle con una ofrenda humilde en las manos. Lo vuestro, por ahora, no pedir más de lo que traigo. Y lo que traigo no es un discurso, es una canción. Esto es sólo una canción. O una oración, es lo mismo. Pero también España, la Nueva República, la colonia española de México y México mismo necesitan ahora un canto de exaltación y de esperanza que nos haga más llevadero este momento sombrío de nuestro destino.

### I. Vida, pasión y penitencia

El señor Embajador nos explicaba hace dos meses el proceso orgánico precursor de la República española, partiendo del primer esfuerzo de don Francisco Giner de los Ríos. El nacimiento inmediato de la República data, en efecto, de aquel esfuerzo que engendró toda la nidada de los hombres del 98. Pero aquel esfuerzo produjo algo más que la República. La República es sólo el nombre de un movimiento hijo de aquel esfuerzo, que tiene una proyección espiritual mucho más alta. La República es un paso, un trecho nada más, parte de un camino muy largo. Dentro de algunos años su nombre no nos dirá nada. Y la veremos desde una loma como las huellas históricamente recogidas de un camino infinito. Tenemos que retener los nombres de las cosas cuando aún no podemos inventar otros. República es un nombre con un viejo significado, que acaso no tiene un sentido limpio y satisfactorio para nosotros.

La República, en abstracto, no existe ni puede ser definida. Existe la República de Francia, existe la República de México... y ahora la de España. Cada definición de estas repúblicas entraña necesidades históricas específicas. Y la República española tiene que ser una República distinta de todas las demás. No se trata de exaltar una calidad; de decir: esto es mejor que aquello. Se trata solamente de afirmar un resultado histórico diverso, un proceso orgánico peculiar, una jornada diferente. Hay que explicarla como un franco desenvolvimiento biológico, para que los buenos españoles-mexicanos que ayer mis-

mo eran monárquicos y que hoy se encuentran confusos por los *nombres*, den de lado todas esas fórmulas políticas, necesarias para entendernos nada más, y vean este movimiento sólo como un hecho históricamente vital en el que ellos, consciente o inconscientemente, estén aquí o estén allá, sólo por ser españoles, toman parte; y no para colocarse en un bando o en otro, sino para ser llevados, de una manera inapelable, por el torrente fatal de los hechos.

Nadie se avergüence de haber sido monárquico ayer mismo y nadie se lo eche en cara a otro como un insulto. ¿Qué español, desde hace tres siglos, sabe en realidad lo que ha sido? Ahora vamos a empezar a ser, a volver a ser. Desde los comienzos del siglo XVII, no hemos sido más que sonámbulos todos, hombres que dormían, hombres exhaustos, hombres desjartados, jadeantes, sin resuello, que tenían que descansar, que tenían que dormir como todo el que acaba de ejecutar una obra superior a sus fuerzas.

Entre el sueño y la pasión hemos caminado por la historia.

Habíamos salido de la reconquista, con el espíritu de proselitismo que ganamos en una Guerra Santa de siete siglos, cargados de fe y con una enorme misión histórica que cumplir. La emprendimos ciegamente, furiosamente, sin calcular nuestras fuerzas para la tarea que nos deparaba el destino. Éramos 8 millones de hombres medievales que habían luchado siglo tras siglo por la cruz, y que con la cruz en la mano, jadeantes ya por una guerra sin tregua de siete centurias y sostenidos sólo por la pasión y la fe, entramos en el mundo del Renacimiento a domeñarlo todo y a unificarlo todo en un imperio y una iglesia. Se nos abrieron milagrosamente las puertas de esta Atlántida olvidada, y aquí nos desbordamos desde Colorado hasta la Patagonia. Nuestro mejor esfuerzo se quedó en el Adriático, en Lepanto. Alientos fogosos dejamos en Italia y sangre fanática en Holanda. Nuestro último empeño, en las costas de Inglaterra. Toda España era un marchar incesante por rutas sin tregua y sin fin. Todo era andar y andar. Todo eran cruzadas sin descanso. Todo era aventura sin mesón. Todo eran caminos. Por ellos se fueron los conquistadores, los pícaros, los místicos, don Quijote. España entera.



Teníamos que parar, teníamos que descansar.

Y, ya vencidos, después de darlo todo y de perderlo todo, nos echamos a dormir. Para que no nos muriésemos de pena y para enseñarnos a perder, Cervantes escribió un libro. *El Quijote* nos arrulló. Ramiro de Maeztu ha llamado a nuestra biblia "el libro de la decadencia". No hay inconveniente en hacer coincidir la fecha de la aparición del *Quijote* con el comienzo de nuestro descanso. Nos dormimos al comenzar el siglo xvii. La historia ha dicho que degeneramos. Nos dormimos tan sólo.

Habíamos querido mucho, habíamos luchado mucho, habíamos andado mucho... y teníamos que dormir bien. Casi tres siglos. Aquellos gestos de la Guerra de la Sucesión y de la Guerra de la Independencia, fueron manotazos de sonámbulos. Las mismas guerras carlistas no son más que patadas que nos dimos unos a otros inconscientemente en el hacinamiento de la yacija. Despertamos al acabar el siglo pasado.

Hay un grupo de hombres, al finalizar la última década del siglo xix, que se levantan los primeros, que se desesperan, que se restriegan los ojos fuertemente con el dorso de la mano y empiezan a gritar a su alrededor: "¡Eh, arriba, ya habéis dormido bastante!" Se les ha llamado "los que despiertan". Los que despiertan y los despertadores. Son hombres de voces bíblicas, ásperas, rotundas. No dicen grandes cosas: gesticulan, más bien. Usan a veces paradojas absurdas y conceptos extravagantes. Su evangelio de fe se expresa en formas violentas: gritan contra la modorra, contra la abulia, contra la falta de entusiasmo. Se confunden y se contradicen a veces. Son campanas del amanecer, aldabonazos sobre las puertas cerradas; gritos, alborotos de la madrugada. Aun no es la hora de la disciplina, de la división del trabajo y de la razón. Estos hombres se llaman Costa, Galdós, Picavea, Ganivet, Unamuno... Casi todos llevan un látigo en la mano. Al que no se despierta por las buenas, lo despiertan a latigazos. Hay luchas, cardenales y ronchas de sangre. Y hay quien no quiere despertar. Se habla de la encefalitis letárgica nacional y por un momento se pierde toda esperanza de resurrección. Los más remolones, los empedernidos, son los que se han envuelto en la capa vieja y acartonada de una tradición

infecunda: la clase aristocrática, el clero y el rey. El rey no ha despertado aún... soñando se lo han llevado a Francia.

Después de la guerra mundial, más de la mitad de España está ya despierta.

Aquellos hombres extraordinarios del látigo crearon una minoría vigilante que hemos llamado "hombres del 98": Cajal, Benavente, Pidal, Azorín, Baroja, Maeztu, Valle Inclán, Machado, Jiménez y el mismo don Miguel de Unamuno. Son los hombres que se reparten al fin los distintos campos del reino espiritual de España. Después de vagas e infantiles revueltas se tornan en cruzados silenciosos, y cada uno desde su camino: desde la novela, desde el teatro, desde el periódico, desde la cátedra y desde el laboratorio, siguen removiendo y despabilando a España. Su gran levadura se va entrando en la masa dormida. Hacia el año diez habían ganado refuerzos potentísimos: Ayala, Miró, Araquistáin, Bagaría, Gómez de la Serna, médicos, científicos, investigadores, pedagogos y el gran capitán Ortega y Gasset. Todos soldados de la inteligencia. Hay otros hombres también. Otros hombres de inteligencia y de corazón a la vez. Personalidades más dinámicas que han ido a encontrar al pueblo directamente en el mitin, en la plaza, en el campo, y le han sacudido, sin miedo a las balas, en la modorra de su vida diaria.

Pero vengo enfocando los hechos por un lado solamente, por el lado en que se ha dado la batalla principal y porque es necesario entender que la revolución, más que una guerra política, ha sido una guerra de la inteligencia. Vista así, además, es como la República española revela sus caracteres específicos y no puede confundirse, de ninguna manera, con las viejas repúblicas americanas, nacidas de otras necesidades más modestas y más simples, y organizadas por hombres más ingenuos también. Antiguos estados liberales habrán tenido un gesto de condescendencia y de superioridad para España y la habrán visto venir, de seguro, a la República, como el viejo marino que contempla sonriendo y sin quitarse la pipa de la boca, al grumete intonso que acaba de llegar. Pero España no viene a la República, a su República, a su concepto de República. Y sus capitanes no son los viejos capitanes de la república nor-





teamericana, por ejemplo. Hemos confiado, por primera vez, nuestro destino a los hombres mejores de España, a los más inteligentes, a los más preparados, a los que han oído mejor el latido histórico de nuestro suelo. Tiene que pasar mucho tiempo para que en Norteamérica (para citar un nombre) se haga lo mismo. La minoría norteamericana correspondiente a la minoría española que ha ganado ahora el poder, es tan inerte y tan pequeña aquí arriba, y es tan extraña a la masa enorme y estandarizada, que no se concibe su triunfo sino a través de muchos años de lucha todavía, o de una gran revolución social. El gobierno de España es una República; pero es una República que está a la vez en las manos de los mejores. Ahora, somos más aristócratas que ayer; pero nuestra aristocracia es la otra, la buena, la legítima... la del sacrificio.

Frente al rey y frente a la vieja aristocracia, que era la encarnación de la terca modorra nacional, interesada y estéril, sin más ideal que defender una institución infecunda, sin validez y sin sentido ya, está otra aristocracia, joven y sana, de la inteligencia que se aprieta al pueblo para despertarlo y para levantarlo con un mensaje positivo en la mano.

Para simbolizar este contraste entre la vieja aristocracia desprestigiada y la nueva inteligencia, se contaba una anécdota en España, ya por el año veinte, que tal vez no era cierta y que acaso fue inventada tan sólo para poner de manifiesto la realidad de esta oposición entre el rey y la clase intelectual. Debió nacer en el Ateneo o en la revista *España*. Decía así: comía el rey con varias personas de prominencia universitaria, en un afán, un poco forzado ya, por conocer otros valores del reino que no fuesen los políticos y los de los jugadores de polo. Entre los comensales estaba José Ortega y Gasset. Quiso enterarse el rey de lo que era y de lo que hacía cada uno, y luego de un interrogatorio frívolo y variado, se encaró con el autor de *España invertida* y le dijo: ¿Y tú, qué haces? Yo, respondió Ortega, enseñé metafísica, señor. Y entonces el rey, con el gracejo y el ademán achulapados que le ganaron tantas simpatías entre los incautos, respondió: "¡Arrea, metafísica!"

Sin duda es un cuento. Pero encierra una verdad de símbolo. Y la verdad del apólogo también. No quisiera, sin embargo, que se le diese otro propósito que el de aclarar un punto de mi oración. La cual no pretende levantar nuevos odios ni eternizar viejos rencores innecesarios ya. Ya no es rey de España don Alfonso de Borbón, pero es un español aún y un hombre vencido. Y yo sé muy bien que aunque la historia lo condene, el pueblo de España, a poco que él haga, le dará, si no la corona otra vez, si un acomodo en el cielo.

Son el arte y el pueblo español, y el arte y el pueblo en general, amigos de salvar a los reyes caídos, si ellos saben justificar su salvación con el arrepentimiento y la penitencia. No hace falta recordar aquí la tragedia de Edipo ni la del rey Lear, ni la del rey Carlino. Hay en el Romancero español un viejo romance del siglo quince que se llama "La penitencia del rey don Rodrigo".

Fue don Rodrigo el último rey de España, de la dinastía visigótica, y por sus pecados de amor, perdió él un día el reino y perdimos la patria nosotros. La historia lo deja muerto en la batalla de Guadalete, sin esperanza de redención en la otra vida. Pero el pueblo, al llevar al romance el episodio, le salva amorosamente, no sin una terrible penitencia, claro está. Eran los reyes de hechura divina, y grande había de ser su responsabilidad y severo el castigo de sus yerros. En la leyenda y en la tragedia, y en este romance también, los vemos peregrinar descalzos y harapientos bajo el encono de los cielos. Don Rodrigo encuentra al fin a un ermitaño, y dice:

El desdichado Rodrigo  
yo soy que rey ser solía,  
el que por yerros de amor  
tiene su alma perdida,  
por cuyos negros pecados  
toda España es destruida.  
Por Dios te ruego, ermitaño,  
por Dios y Santa María,  
que me oigas en confesión  
porque finarme quería.  
El ermitaño se espanta  
y con lágrimas decía:

"Confesar, confesarete,  
 absolverte no podía."  
 Estando en estas razones  
 voz de los cielos se oía,  
 "Absuévelo, confesor,  
 absuévelo por tu vida,  
 y dale la penitencia  
 en su sepultura misma."  
 Según le fue revelado,  
 por obra el rey lo ponía.  
 Metióse en la sepultura  
 que a par de la ermita había;  
 dentro duerme una culebra,  
 mirarla espanto ponía:  
 tres roscas daba a la tumba,  
 siete cabezas tenía.  
 "Ruega por mí el ermitaño  
 porque acabe bien mi vida."  
 El ermitaño le esfuerza,  
 con la losa lo cubría.  
 Rogaba a Dios a su lado  
 todas las horas del día.  
 "¿Cómo te va, penitente,  
 con tu fuerte compañía?"  
 "Ya me come, ya me come,  
 por do más pecado había  
 en derecho al corazón  
 fuente de mi gran desdicha."  
 Las campanicas del cielo  
 sones hacen de alegría;  
 las campanas de la tierra  
 ellas solas se tañían;  
 el alma del penitente  
 para los cielos subía.

No es del todo inoportuno recordar ahora este romance aquí. Con él se cerró una monarquía hace siglos y con él podemos cerrar otra ya para siempre y sin odios.

El arte ha venido siempre a rectificar la historia. En las manos del pueblo ha servido para salvar piadosamente nuestros engaños. Para levantar la vida, para agigantar a los hombres, para divinizar a los reyes. Y coronados por Dios ha visto el pueblo a sus monarcas cuando han sabido llevar sus infortunios como santos.

No es el Salomón de las concupiscencias ni el de la suntuosidad el nuestro. Ni el de la sabiduría. Ni el Salomón de la buena justicia tampoco. "Un día todos sabemos hacer justicia."

También como el rey hebreo  
 la hizo Sancho el escudero  
 y el villano Pedro Crespo.

Al del arrepentimiento, al Salomón del Eclesiastés es al que admiramos.

Cualquier hombre hubiese perdido a España por la belleza de la cara. Pero arrepentirse y meterse vivo en una sepultura con una culebra de siete cabezas es una hazaña que está más allá de la voluntad de los hombres, digna de reyes pecadores coronados por Dios... Y no es el rey el que importa aquí, sino el pueblo, la nación misma (no hay que hablar en estos casos de responsabilidades, sino de penitencias voluntarias). No se busca en el romance el honor de don Rodrigo sino el honor de España... la defensa de nuestro engaño: ¡Que sea Dios todavía quien nos mandó el último rey! Y por España hubo que hacer a don Rodrigo, no como fue, sino como debió de ser, como pudo ser... como fue en realidad. En la realidad del arte, en la realidad de nuestro deseo, en la realidad de nuestra imaginación, más real que la realidad misma de la historia. El arte es el que va levantando la historia y nos va haciendo a nosotros levantar la cabeza con normas excelentes. Todo, todo se lo perdonaremos a don Alfonso de Borbón. Todo, menos que ahora, en su destierro, no nos deje un sitio limpio entre sus pecados para que el arte pueda levantar un mito. No queremos que sea un nuevo Aristófanes quien le cante. España es un pueblo de tragedia, y sus reyes desterrados no pueden ir a enriquecer las operetas de Europa. Los reyes españoles que han perdido la corona, como don Rodrigo, se meten en una sepultura vivos y con una culebra de siete cabezas.



Los últimos detalles de la revolución, el despertar absoluto de la clase media y del pueblo todo, la actitud vigilante de la nación en los comicios y el triunfo del espíritu alerta, los recogimos de labios del Embajador de España, hace dos meses, en la Escuela Nacional Preparatoria.

## II. Pasión y sabiduría

Y he aquí a España ya despierta del todo.

Entre el sueño y la pasión hemos caminado por la historia.

Nuestro fue el sueño.

Y nuestra es ahora la pasión. Estamos en el arranque mismo de la pasión despierta.

Es una fuerza del mundo. No sé si engendra la fe o es hija de la fe, pero sin ella no hubiesen llegado en otro tiempo a estas costas las carabelas de Colón. Es una gran herramienta del destino. No es mejor que otras, pero cuando es requerida por la historia y su oficio se impone, ella es la que rige. Puede abrir grandes brechas en horas de desespero y de tinieblas y suyo es el arrojo temerario que talará los horizontes inexplorados. Pero es un arma de dos filos que mata y que exalta. Ella ha labrado nuestra historia, llevándonos ciegos a empresas prometeicas y hundiéndonos luego en un sueño de madrugada perezosa y lejana. El gráfico sísmico de España le marca ella en un ángulo fino que se agudiza hacia arriba como el de una llama. Al lado izquierdo está el impulso, la ciega acometida, el amor sin freno, la locura, la rápida ascensión; al otro el desaliento, el cansancio, el sueño, el descenso furioso del alud hasta el valle, hasta la muerte casi. No es así la línea de la vida. Nosotros no hemos vivido nunca. Ni la pasión ni el sueño son la vida. La felicidad de este mundo no ha sido para el español. Ningún español ha sido nunca terrenalmente feliz. Al mejor de nosotros, la felicidad le ha venido de una estrella o de un sueño o de la farsa de un sueño, como a Segismundo. No fue este el mejor legado del destino, pero él implicaba una obra y un sacrificio que alguien tenía que cumplir.

Y dijimos: aceptarlo valientemente es una gran ejecutoria humana.

Pero ahora decimos: aceptarlo valientemente y aprovecharlo con reflexión y con medida, con vigilancia y con sabiduría, ha de ser el nuevo camino de nuestra historia venidera.

Ahora decimos: la pasión es una fuerza motriz, un salto de agua que tenemos que usar inteligentemente, un caudal que debemos emplear con economía y con el mayor rendimiento posible, como el hombre rico emplea su dinero y el hombre sabio su sabiduría.

Y hemos hecho ya un lema de esta paradoja: la pasión fría, la pasión razonada.

Ahora decimos: Ya no es necesaria la pasión desmedida. Sin perder el hilo de oro de nuestro destino, queremos corregir ciertos rasgos de nuestra historia y de nuestro carácter.

Algunos de aquellos visionarios del látigo que despertaron a España –Unamuno y Ganivet– recogieron el símbolo de *La vida es sueño* y vieron en él la presciencia que hay ya en la aventura de Segismundo. Es la aventura de España. Con el sueño y el despertar primero, lleno de violencia y el despertar segundo, el que ahora nos llega, lleno de cordura y de bondad. Estamos ahora cargados de pasión, pero también lo estamos de experiencia y con la vigilancia desplegada. Al despertar lo hemos recordado todo. Todo. Nuestra historia entera. Nuestras locuras. Nuestros pecados y nuestros aciertos.

Nuestros pecados. Nuestra soberbia:

¿Qué tengo más de saber  
después de saber quién soy  
para mostrar desde hoy  
mi soberbia y mi poder?

Son palabras de Segismundo al despertar de su primer sueño.

Nuestros instintos bestiales:

Nada me parece justo  
en siendo contra mi gusto.

Son palabras del primer Segismundo también.

Nuestra pertinacia en defender el error:

Procure siempre acertarla  
el honrado y principal;  
pero si la acierta mal,  
sostenerla y no enmendarla.

Esto es de la más terca y de la más mala tradición  
española. Se afirma en una de las interpretaciones  
renacentistas del Cid.

Pero si la acierta mal  
sostenerla y no enmendarla.

Es nuestra historia siniestra.

Y aquí es donde Unamuno y Ganivet nos aconsejaban hacer acto de contrición colectiva. Pero recordamos nuestros aciertos también. Nuestra buena tradición. El hilo de oro de nuestro destino. Y nuestros problemas iniciados, que no tuvimos tiempo, ni fuerzas, ni medios, ni serenidad para fijarlos y prolongarlos. Ahora ya nos conocemos. El sueño y las tribulaciones han aclarado nuestra mente y han limpiado nuestro corazón. Ahora sabemos lo que hay que hacer y lo que hay que no hacer. Sabemos ya dónde y cómo debemos aplicar la fuerza de nuestra pasión. Ella de por sí es ciega, pero la pueden conducir cuerdamente los descalabros, la sabiduría y el amor.

Venimos, además, en este despertar nuestro de ahora, a un mundo que nos espera, a un mundo que quiere definirse con lo mejor y lo más específico de nuestro carácter. A un mundo que busca como salvación aquellas virtudes humanas que afirman al individuo y que el español no ha perdido nunca: la exaltación de la persona y el esfuerzo por integrar esta persona en lo universal y en lo imperecedero. El arte de hoy, el posexpresionismo, el realismo mágico, es, como si dijéramos, nuestra propia casa. La objetivación, la solidificación de la realidad, para proyectar sobre ella los anhelos espirituales y religiosos del hombre –lo mágico y lo misterioso, dicen los artistas revolucionarios miedosos de pronunciar la palabra religión– que pregonan todo el arte moderno, es lo que hemos buscado nosotros de continuo. Es la inquietud de todo nuestro arte, que es realismo

y espiritualidad. Y la integralidad del hombre, tras la cual va la filosofía actual, es lo que ha defendido y conservado siempre inconscientemente y con ahínco el último labriego de Castilla.

### III. Luz y ascetismo

Y ya en este mundo, y despiertos, con nuestra pasión refrenada por la inteligencia y por la vigilancia, atentos a cultivar lo legítimo y a cercenar lo arbitrario... ¿a dónde vamos?

¿A dónde vamos? Pues no vamos ni a ganar una ínsula, ni a conquistar un imperio, ni a hacernos ricos, ni a luchar por un régimen pragmático, ni a repantigarnos satisfechos en el sillón de la República. No vamos a ninguna parte. Vamos a continuar de la mejor manera y con las mayores libertades la línea verdadera y desbrozada ya de nuestro destino. El cual, si ayer fue, o pareció ser, un destino guerrero, hoy no lo es. No hay ningún destino que sea ni que haya sido guerrero, fundamentalmente guerrero. El gesto épico fue sólo una herramienta interina. Bajo él estuvo siempre palpitante un ideal.

Y he aquí otra cosa que vimos al despertar ahora: que Castilla no es épica ni guerrera. No lo fue nunca. Aquel empeño de lucha por la tierra, fue sólo empeño de lucha por la luz. Y cuando España, grande otra vez, sea una o diversas, unitaria o federal, Castilla, más que una región o un centro político o una fuerza material, será, ante todo, lo que ha sido siempre y lo que debe ser: un altar. Un sitio santo de peregrinación a donde todos los españoles suban en las horas de agobio a meditar y a purificarse. A hacer penitencia bajo sus normas ascéticas y luminosas. A llevar las ofrendas plurales y mejores de su esfuerzo para que la tromba de la meseta las levante y las integre en el azul inmaculado.

Tal vez no hay otro pueblo en el mundo como España, donde, a pesar de la línea violenta de montes y de valles, la vieja tierra nacional, la península toda, se estructure topográficamente de una manera tan orgánica –humanamente casi– y con una estructuración de nobles preferencias, porque la disposición y la valoración de las tierras se ha hecho partiendo de las altas jerarquías del espíritu y del sacrificio, no partiendo de las terrenales prerrogati-





vas de la fuerza y del poderío. Castilla es el corazón y el alma de España, no sólo por ser núcleo y cúspide, sino porque es, además, el sitio más estratégico para las batallas del espíritu. Su excelencia no se apoya en antiguos privilegios de poderío político, sino en privilegios de luz y de renunciación. Cuando todo esté sombrío como ahora y los horizontes sean una muralla negra, sus normas luminosas y ascéticas nos salvarán siempre, no su vieja lanza. Si se van todos los frailes de España y se desmoronan una a una todas las abadías, que no se inquieten los devotos... siempre nos quedará la disciplina espiritual de la meseta. Ella hará nuevos místicos de la España que empieza. Ella ha hecho nuevos cristianos ya para esta España de ahora. El momento es revolucionario, mas no arreligioso ni anticristiano.

No se trata de suprimir, sino de cambiar, de purificar sobre todo, de vitalizar, de darle un ritmo humano y actual a todo lo que perezosamente se había dormido. Y nada se ha improvisado ahora. El decreto que ha separado a la Iglesia del Estado lo han provocado los hombres religiosos de España, que, como don Miguel de Unamuno, han venido diciendo desde hace mucho tiempo que el cristianismo es apolítico. Y no son vientos jacobinos los que soplan. La Iglesia lo sabe, y lo saben las órdenes jesuíticas también. No es el deseo de unos cuantos enciclopedistas españoles que quieran otra vez seguir arbitrariamente el ritmo de Europa. Es Castilla, el corazón de España que con un "latido agónico pide el cristianismo legítimo: aquel cuyo reino no es de este mundo". "El cristianismo de san Pablo, no el de san Pedro. El cristianismo que vela, no el que duele." Castilla, con las cláusulas de sus nuevos decretos y con la fe de sus hombres nuevos, quiere ser otra vez sencilla y desinteresadamente cristiana. Castilla es la regla vernácula y cósmica, viva siempre y desligada de lo próximo y perecedero, contra la disciplina ocasional y pragmática que a veces se llena con intenciones de poderío inmediato. Castilla es lo normativo, lo cósmicamente normativo en religión, aunque ahora aparezca como herética. Ella corrige desviaciones y nada más que corrección ha de ser hoy toda nuestra revolución religiosa. Se trata sólo de enderezar una viciosa torcedura. Por la historia sabemos que estas

correcciones se hacen de una manera periódica, y no es la primera vez que Castilla coopera en estas empresas. Ahora, al meterse en las entrañas puras de un catecúmeno que sube a la meseta desde las bárbaras cañadas vizcaínas, limpias de toda metafísica, nos descubre otra vez a Dios, al Cristo y a san Pablo, con la pujanza y la virginidad de los días evangélicos, en un gesto de lucha y de herejía, que es tan sólo el esfuerzo por acoplar de nuevo lo cósmico y lo actual.<sup>1</sup>

Cuando España se amodorra en el siglo xvii, se amodorra espiritualmente también; cuando se para el cauce que daba lozanía y empuje a nuestras quimeras y a nuestros ideales, la mística, la exaltación religiosa se duerme como las demás fuerzas de la raza. Y se duerme no sólo en los conventos, donde había hecho de preferencia su nido, sino en Castilla también. No era un pájaro monacal que se había acogido al regazo de las abadías. Era y es el ave simbólica de Castilla que a veces gusta posarse a descansar en los páramos más austeros y limpios de la meseta. Que no son los claustros los que crean los místicos españoles, sino el cielo y la tierra de Castilla.

El esfuerzo de Menéndez y Pelayo por denunciar después del siglo xviii el rastro de la mística al través de los conventos, de donde dice que no ha huido jamás, está más lleno de generosidad que de justicia. Tal vez con un poco de severidad estética pueda decirse que después que el espíritu de cruzada religiosa desaparece de Castilla, de los conventos no salen más que obras y versos de artificio. Ingeniosos y gongorinos.

La exaltación religiosa huye de Castilla por cerca de tres siglos. Vuelve cuando España despierta. Y vuelve a hacer su nido en la meseta otra vez, como siempre. Pero ya no en los conventos. El sentimiento religioso ahora se seculariza, se *desclericaliza*, se *re-humaniza*. Y se encarna en hombres laicos que se yerguen sobre la meseta con una voz no monacal, sino castellana. Y Castilla es la que habla ahora, no Roma.

En cierto sentido, podría decirse que todos los escritores del 98 son místicos y castellanos: místicos, porque por encima de sus formas heréticas y anticlericales se destaca el empuje ascendente, lumino-

so y sintético que buscan todos para ellos y para España. Y castellanos, porque ese empuje lo encuentran y lo sienten sólo dentro de la tromba que sube de la meseta. Al que no es de Castilla, Castilla lo gana. Y el carácter más fuerte y que da más unidad a ese grupo de hombres es la exaltación reverente que todos hacen de Castilla. ¿Para qué citar nombres y ejemplos, si desde Giner de los Ríos hasta Ortega y Gasset esta generación y su secuela fue y sigue siendo ante todo y sobre todo la canción permanente de Castilla? Por este solo gesto España ha contraído con estos hombres una deuda que no pagará jamás. Que ese gesto es el que tiene hoy encendidas todas nuestras esperanzas. Y no porque es un gesto castellano (que esto podría sonar ahora a parcialidad regionalista), sino porque es un gesto místicamente castellano. Un gesto de amor, de luz y de unidad. El gesto que ha de llenar de confianza a Cataluña y ha de hacer mañana fecunda la fraternidad efectiva de Portugal.

Castilla es sólo una fuerza espiritual. "¡Se ve tan bien desde allí, y se come tan mal!" Creo que son estas palabras de Ortega y Gasset. Más sencillamente y mejor no se ha definido nunca a Castilla. Pero en Castilla se come mal, no por la imposición sórdida de la tierra, sino por la dictadura espiritual de la luz. Aquí, *para ver*, hay que ayunar. Este lema místico y castellano está escrito en el cielo, no en los surcos. Y entendamos bien esto: que el ascetismo impuesto por la luz, es gracia, y el ascetismo impuesto por la tierra, es miseria.

Ahora que el mundo vira hacia lo espiritual y religioso, los pueblos esencialmente ascéticos, como España (y México también), deberían emplear con sabiduría esta fuerza poderosa y humilde, y ponerla generosamente en las manos de los hombres selectos y de buena voluntad que quieran sacrificarse también y gobernarlos. No es la imposición de un proyecto de economía nacional lo que nos salvará en estos momentos, sino el ofrecimiento voluntario de nuestro sacrificio. Hay que adelantarse valientemente a las necesarias exacciones del gobierno, a las contribuciones, a los reajustes, a los descuentos, para conservar nuestra alegría y sentir nuestra cooperación en los grandes problemas del mundo. Que

nuestra pobreza actual no sea un castigo forzado, sino una disciplina voluntaria.

Con este ascetismo (que implica, no el enojo consigo mismo, y la complacencia en el descuido y la carroña, sino la disciplina y el esfuerzo regulado; el *mínimum* necesario de cosas materiales y el cielo abierto a las ambiciones del espíritu), con este ascetismo y a la luz milagrosa de Castilla, que va transformando y levantando gradualmente las cosas hasta una metamorfosis platónica y divina, se ven más claros aún los problemas que nos ha planteado la historia y que nosotros no hemos resuelto todavía.

Voy a explicar esto con un episodio *del Quijote* y con una pintura de Velázquez. Dos disparos españoles y eternos, cuya línea he seguido yo en un poema, porque esos disparos fueron lanzados para que los siguiese y los prolongase hoy la luz misma que los produjo, la cual, andando el tiempo, seguirá levantándolos a altitudes superiores, accesibles a la retina de los poetas venideros.

#### IV. Bacía... yelmo... halo

Acaba de empezar su peregrinaje don Quijote. Va ya con Sancho de la mano. Atrás quedan la venta, los molinos, el polvo de los rebaños, la cortesía de los cabreros. Apenas repuestos del estruendo misterioso de los batanes, salen sosegados al fin. Don Quijote de la burla, y Sancho del miedo, al camino sin trabas, lleno de luz. A lo lejos se ve un hombre, caballero en un asno. Trae sobre la cabeza una bacía: un utensilio doméstico de bajos menesteres. Es de azófar, de latón pulido, y brilla entre una lluvia tenue y bajo la luz milagrosa de la meseta.

Y ¿qué es aquello?, dice don Quijote. ¿Es nuestra vida diaria, el mundo aldeano y sin horizontes, el enojo de nuestras necesidades inmediatas, y por lo único que nos cabe luchar? La luz le hace un guiño. El encantador amigo está con él. El azófar brilla ahora como si fuera de oro... es ya oro de verdad. Y el milagro se cumple. Aquello que relumbra allá lejos no es una bacía... es el yelmo de Mambrino. No es la vida diaria que nos liga a la tierra con la terca rutina de los hechos urbanos. Es una llamada, como el parpadeo luminoso de un faro; el grito exaltado de las cosas pequeñas, la vida humilde que quiere ser más de lo que es.



El yelmo no era un símbolo máximo para Cervantes. Era el arranque de un ideal. La aventura frente a la modorra lugareña. Una medida de transición. Para nosotros y para don Quijote también, el yelmo no significa ahora más que la bacía. Un general no vale ya más que un barbero.

Y he aquí al caballero otra vez... Sobre el mismo camino de La Mancha, en uno de estos últimos años de revueltas universales. Vuelve a su tierra después de tres siglos de aventuras por el mundo. Con todos los pueblos ha vivido y con todos ha luchado. Ya no es tan español como creemos nosotros, aunque a nosotros nos obligue más que a nadie. Se ha hecho amigo de todos y ha tenido corazón para todos. Sigue siendo un luchador aún, pero ahora, desde hace algunos años, milita en otras filas.

A lo lejos se ve un caballero de verdad. No es un barbero que cabalga sobre un asno. Es el último héroe de todas las guerras. Sobre su frente refulge glorioso el oro macizo de un casco guerrero: el auténtico yelmo de Mambrino.

Y ¿qué es aquello? dice otra vez, don Quijote. ¿Es la guerra, la pertinacia de la guerra, la llamada sin tregua del odio y de la sangre? La luz mágica de Castilla le guiña otra vez. Y Dios, el buen encantador, le enciende de nuevo su divina locura. Otra vez el milagro se cumple: el yelmo se funde en los rayos del sol... el oro se hace ingravido y se cambia en un resplandor de santidad... y don Quijote grita:

Bacia... yelmo... halo...  
este es el orden, Sancho.

En Castilla y en nuestro arte, la luz subraya siempre todos nuestros problemas y es el índice que nos guía. "Es una fuerza que levanta las cosas rotas de España, como en una danza que marcha hacia Dios", traduje yo un día. Son las palabras de un escritor norteamericano, muy amigo nuestro ya, que nos ha ayudado con denuedo a buscar nuestra fe.

En *El Niño de Vallecas*, el retrato desolador de Velázquez, donde se pinta la tragedia entera de nuestro pueblo inerte, paralítico, idiota, con los resortes del espíritu quietos y con el cerebro sin riego; roto y malogrado el hombre, la luz entra por todos los rincones

pregonando y denunciando nuestra injusticia y nuestro abandono. Se queda roja sobre la mitad del fondo, en un cortinaje donde se perfila la deformidad infantil del idiota. Es como un grito agudo todo ese medio fondo. Luego se escapa al campo abierto, a un paisaje severo de Castilla, para ofrecernos las fuerzas de la naturaleza y el horizonte sin límites. Allá lejos está Dios, esperando sin prisas a que nosotros enderecemos nuestros yerros. Este problema lo subraya aún cien veces Velázquez. Y ahí está, en el aire todavía, su disparo limpio y derecho como el de Cervantes. Yo he recogido los dos en este poema para unirlos y prolongarlos juntos con un ademán moderno:

Pie para *El Niño de Vallecas*,  
de Velázquez

Bacia... yelmo... halo...  
Este es el orden, Sancho.

De aquí no se va nadie.  
Mientras esta cabeza rota  
del Niño de Vallecas exista,  
de aquí no se va nadie. Nadie.  
Ni el místico ni el suicida.  
Antes hay que deshacer este entuerto.  
Antes hay que resolver este enigma.  
Y hay que resolver entre todos,  
y hay que resolver sin cobardías,  
sin huir  
con unas alas de percalina  
o haciendo un agujero  
en la tasiana.  
De aquí no se va nadie. Nadie.  
Ni el místico ni el suicida.  
Y es inútil,  
inútil toda huida  
(ni por abajo  
ni por arriba).  
Se vuelve siempre. Siempre,  
hasta que un día (un buen día)  
el yelmo de Mambrino—  
halo ya, no yelmo ni bacía—  
se acomode a las sienas de Sancho  
y a las tuyas y a las mías

como pintiparado,  
 como hecho a la medida.  
 Entonces nos iremos TODOS  
 por las bambalinas:  
 Tú y yo, y Sancho, y el Niño de Vallecas  
 y el místico y el suicida.

Estas dos inquietudes de nuestro arte tradicional, que yo he subrayado y prolongado aquí, son los dos problemas urgentes de España, a los cuales la nueva República está atendiendo con empeño y con amor. Son el problema militar y el problema de la educación, que desde hace mucho tiempo vienen formulados en términos sociales, de esta manera: menos soldados y más escuelas. Más amor y más cuidado por el hombre y menos afán por destruirlo.

#### V. Conclusión

Al comenzar he dicho que la poesía es propaganda, pero es propaganda porque es coincidencia también en un gran ideal que nace y que está ya en el corazón de los mejores y de los más alertas. La misión del poeta es pregonar estos ideales que han henchido también su corazón. Un pregón fueron la *Iliada* y la *Odisea*. Del caracol mañanero del ciego bardo de la Hélade salieron tan sólo viejos mitos de significado religioso vestidos de fiesta. Una llamada hacia los campos abandonados de Roma y hacia la agricultura desdeñada, fueron las *Geórgicas* de Virgilio. Años antes, casi en el mismo siglo, Lucrecio había dado al viento en una canción las doctrinas de Epicuro y la teoría de los átomos, de Leucipo, que aún suena limpia en los oídos de la ciencia contemporánea. Propaganda de abadía, bajo el patronato de un santo, nos dicen ya que es toda la épica medieval y propaganda de la interpretación escolástica del mundo fue *La Divina Comedia*. Goethe es el megáfono de la filosofía del siglo XVIII. La onda magnificada y embellecida de su pregón rehabilita el gesto prometeico del hombre hasta que lo recoge Nietzsche, otro gran pregonero.

Del empuje de su voz y de la amplitud de su canto arrancan los privilegios del poeta. Y de la forma accesible y amable de su relato también. De aquí la canción, la música, la cadencia, la imagen... la miel, como

gustaba Lucrecio de llamar a sus versos. La miel en los bordes amargos de la copa de cuasia. La aceptación de un nuevo ideal implica siempre amarguras y renunciaciones. La flor y el brillo de las gemas suntuosas, tan del gusto de la poesía pagana, no han sido elementos estériles, han ocultado siempre una espina y una lágrima. Bajo el temple sonoro de los versos de Augusto se ha apagado siempre una trágica lamentación.

Propaganda y coincidencia. Lo más esencial de mis palabras aquí, es coincidencia con problemas planteados por el arte tradicional y por la verdadera y eterna poesía de España, que aun están sin resolver. Tan vibrantes se alzan en los cuadros de Velázquez y en los símbolos de Cervantes, como en la tragedia española de ahora y en los anhelos de nuestra vida espiritual contemporánea. Igual que lo sintieron los mejores de nuestros antepasados, lo sienten los poetas y los mejores gobernantes actuales. Y de esta coincidencia va saliendo el programa de la nueva República, el programa de los últimos anhelos del corazón histórico de España... programa en el que estaremos de acuerdo, al fin, ya los dos: los que sueñan y los que mandan; los poetas y los gobernantes.



1 Léase *La agonía del Cristo*, de D. Miguel de Unamuno.